

Alexa, ¿qué era un archivo?

En ocasiones, mientras conducimos, no giramos en el desvío que el navegador de nuestro coche o de nuestro móvil nos ha indicado, por despiste o por la malsana curiosidad de ver cómo se comporta la inteligencia artificial ante los imprevistos. El navegador, entonces, hace sonar un invisible timbre y nos avisa: “recalculando ruta”. Bien, parece que, por motivos externos, internos, o por una combinación de varios, los archivos han encontrado un desvío en su camino, han descubierto las variantes en las que con anterioridad se habían retrasado, e incluso han encontrado algunos de ellos cortados por obras; por tanto, toca el turno de recalculando ruta.

Debemos dejar clara la diferencia entre el antes y el ahora. Desde el origen de la Archivística tal y como la hemos conocido hasta hace poco, es decir, la Archivística contemporánea de la que se acepta de manera común que nació a mediados del siglo XIX, parece que ha sido casi siempre una disciplina en evolución continua. Por supuesto, no nos estamos refiriendo a ese eterno estar en crisis con el que a menudo se ha confundido el intercambio de ideas mediante la discusión y el debate. Es lo normal en una disciplina que está naciendo. En efecto, no creemos que haya existido tal cosa en el pasado; después de todo, disciplinas mucho más antiguas, la Medicina, la Astronomía, la Física, han tardado siglos en encontrar su norte, algo que la Archivística ha tenido que hacer en apenas ciento cincuenta años: construir un corpus teórico sobre el que asentar la práctica cotidiana. A diferencia de otras disciplinas tradicionales, podemos pensar que la Archivística se ha encontrado en estado de construcción hasta fecha

reciente; de igual modo que podemos argumentar, y éste es el desencadenante del presente monográfico de Tabula, que ha pasado de ese estado de construcción a otro de aparente demolición casi sin solución de continuidad, sin un lapso de tiempo suficiente para disfrutar de los beneficios de las crisis. De hecho, ni siquiera pensaríamos que se encuentra en estado de construcción –todas las disciplinas, hasta las más consolidadas, lo están siempre, no nos engañemos–, de no ser por esa malhadada coincidencia: “justo ahora que había conseguido darle algo de estabilidad se me caen todas las piezas”.

También debemos dejar claro que este venir a ser de la Archivística ha tenido lugar casi siempre en tiempos difíciles, a causa de las frecuentes crisis sociales, económicas, culturales, políticas, con las que ha dado en tropezarse y que también han contribuido a su conformación, pero que tampoco permiten hablar de una crisis propia de la Archivística. Después de todo, no debe ser fácil comenzar una construcción en el curso de distintas revoluciones, algunas guerras mundiales, la aparición de la vanguardia contemporánea, la crisis del 29, la desaparición de la macrociencia, la emergencia de varias contraculturas, la expansión de la democracia o la liberación sexual: como nacimiento, diríase abrupto, pero, no tanto en cuanto susceptible de verse envuelto en tales crisis, sino más bien en cuanto en su capacidad para dejarse impregnar por lo que de enriquecedor tuvieron las que le rodearon.

La Archivística del cambio de siglo, empero, ya no es la disciplina aislada en la campana de cristal del patrimonio histórico y la erudición del siglo XIX o incluso de mediados del XX. La efervescencia de su génesis y especialmente su desarrollo están estrechamente condicionados por la transformación de la sociedad misma. El desarrollo y la popularización tecnológica en lo que a la creación, gestión y distribución de la información se refiere, su carácter disruptivo y el impacto en los nuevos hábitos y demandas sociales y organizacionales no son menores en ninguna disciplina implicada en dicha transformación. No hay marcha atrás para ninguna de ellas, y todas ellas se ven obligadas a recalcularse.

Por parafrasear a Borges, todo esto sucedió antes, en el pasado, y no tiene mucho que ver con ese recalcularse los archivos, el del pasado siglo, al que ahora sí nos vemos impelidos de una manera sin precedentes. Y esto por diversos motivos. Existen al menos tres peculiaridades que hacen que el status actual de la disciplina en su entorno sea radicalmente diferente de su status pretérito: la gran crisis económica, la gran crisis sanitaria, y, tercera y algo invisible, pero determinante a pesar de nuestra escasa capacidad para proyectarla en toda su globalidad, el gran cambio de paradigma que nos conduce a la incapacidad para construir un mundo feliz.

En primer lugar, en el año 2008 se desencadenó una devastadora y prolongada crisis económica, mal gestionada, como sus propios gestores han admitido, y de la que el mundo aún no ha terminado de recuperarse. En segundo lugar,

a ella se suma ahora de manera imprevista una “nueva normalidad”, que por definición no puede ser normal más allá de la jerga política –o de la jerga de los políticos, al mismo nivel que ese omnipresente “inédito” utilizado de manera insólita sin freno–; nueva normalidad desencadenada por la pandemia del virus Covid-19, que viene a su vez asociada a otra crisis económica incluso más devastadora que la anterior, y que ha sacado a flote muchos miedos, incertidumbres e interrogantes políticos, sociales, culturales, sanitarios, de los que intuíamos que estaban, pero creíamos bien escondidos.

Ésta es la tercera de las peculiaridades que hacen este momento distinto de lo que ya sucedió: si las crisis sanitaria y económica han conseguido reflotar cuestiones como el empleo y su (mala) calidad, los bloques económicos mundiales, los populismos políticos, las muchas brechas en muy distintos niveles de las sociedades desarrolladas, la gestión de los nacionalismos, la utilidad de la Unión Europea, del Estado de las Autonomías, de la Monarquía, por mencionar solo algunos de los titulares que nos han acordonado durante estos últimos meses, entonces la acción de recalcularse ya no se limita a la esfera de la Archivística: hay que recalcularlo todo. Y todo significa todo: la sociedad, la política, la economía, la cultura, las ciencias, las técnicas, las artesanías, las finanzas, los agentes, las mediaciones entre ellos, las construcciones, las deconstrucciones, los planes, los repartos, los tiempos, los próceres, los enemigos de la patria... Podríamos seguir enunciando, pero nos limitamos con humildad a parafrasear a Borges, sin pretender serlo. Creemos que la frase anterior es lo suficientemente clara: hay que recalcularlo todo. No importa que en el momento en el que se redacta la presente introducción ya se estén distribuyendo algunas de las vacunas contra el virus. Algunos interrogantes no se responden con una vacuna.

Para los archivos, esto significa que ese recalcularse que se les venía encima queda relativizado y, a un tiempo, deviene quizá más inquietante: por supuesto, hay que recalcularse, pero no es lo mismo hacerlo en condiciones de aislamiento que en el marco de un recalculado global y total, del que los archivos forman solo una pequeña parte, cuyos sumatorios, algoritmos, fórmulas y resultados tienen que ponderarse, ponerse en relación con los de otros –disciplinas, ideas, espacios, intereses confesos o no– para delinear el escenario a partir de ahora. De hecho, puede que los archivos, tal como hasta ahora los entendíamos, no tengan que recalcularse, puede que estén ya fuera de la mesa de negociaciones y, en consecuencia, no quede lugar para ellos, como antes no quedó para los videoclubs y dentro de poco no quedará para las sucursales de banco o para los pequeños canales de venta presencial minorista. No es una posibilidad que debamos desdeñar.

Además, estos cambios, que aparecen a un ritmo digamos más acelerado de lo habitual, y en oleadas muy profundas, vienen acompañados, no para mal, por la explosión de las tecnologías de la información y las comunicaciones, y por

la más reciente emergencia de las llamadas tecnologías disruptivas; aunque más que de explosión, de emergencia o de disrupción, deberíamos hablar de consciencia o de visibilidad: las tecnologías, incluidas las disruptivas, estaban ahí desde hace muchos años, algunas desde antes de que nacióramos. Ciertamente, no han emergido ahora, pero sí toman otra dimensión en el contexto actual de convergencia tecnológica e interrelación exponencial.

Si vivir rodeados de su grácil e intocable ubicuidad nos parece novedoso, ello se debe sin duda, entre otras muchas circunstancias, al redescubrimiento de un sector que, en lo peor de la crisis del 2008, se mostró como potencial fuente de abundancia, agotados los sectores tradicionales; y que, en la más reciente crisis sanitaria, ha venido a remediar fallas, quiebras, a las que un mundo en papel no podía dar solución: los datos científicos urgían y no podíamos esperar a contarlos con un ábaco ni a gestionarlos en un perfecto sistema de documentos que no los había previsto. Siendo benévolos, las tecnologías de la información y de las comunicaciones ya explotaron a principios del siglo pasado –¿quizá de la mano de IBM y del Tercer Reich, por fijar una fecha arbitraria?–, y su última disrupción –puesto que la que ahora nos asombra no es la primera ni será la definitiva– tuvo lugar aproximadamente al comienzo de la crisis de 2008. Pensemos que la más joven de las tecnologías disruptivas del momento, *blockchain*, aunque digamos el *bitcoin*, vio la luz en el año 2009, de modo que es ya un preadolescente al que le han seguido muchos hermanos pequeños. La Inteligencia Artificial no puede considerarse sino la matriarca de las tecnologías disruptivas, después de que, habiendo fracasado desde los años cincuenta del siglo XX, encontrara finalmente su camino en la explotación semántica de millones de datos, proporcionados en muchos casos por dispositivos móviles, cuyas primeras versiones reconocibles datan de comienzos de los años setenta del siglo pasado. Estaban ahí; lo hemos olvidado, pero algunos de nosotros trabajamos con MS-DOS, antes de que la disrupción Windows aportara colorido a nuestros monitores.

Sea como fuere, en este preciso momento nuestros pilares económicos parecen desmoronarse y los grandes actores del mercado buscan nuevos nichos de mercado a la par que la reducción de costes y el aumento de la productividad. Es en este contexto que la sostenibilidad y la digitalización emergen como alternativas, o, para ser precisos, puesto que no va una sin la otra, la sostenibilidad digital y la digitalización sostenible. Ello, además, en paralelo a una pandemia que, a pesar de las vacunas, ha herido profundamente, no solo a todo el mundo, sino que significativamente ha abierto heridas en una sociedad eminentemente blanca, que ha redescubierto una fragilidad que, también con toda probabilidad, había olvidado. Ambas circunstancias han terminado de desvelar el potencial de las tecnologías de la información y de las comunicaciones, del que no éramos muy conscientes, a pesar de que estaba al alcance de todos. Si todo tiene que recalcularse, entonces todo tiene que ubicarse en una posición diferente, si es que no ha

sido ya reubicado; y tiene que ubicarse en el lugar que le marquen las tecnologías de la información y de las comunicaciones, que, lejos de ser el enemigo a batir, como tantas veces se ha discutido, son el escenario de nuevas perspectivas económicas y sociales, en lo que traigan de bueno y en lo que traigan de malo, como siempre ha sucedido a lo largo de la historia cuando los paradigmas globales han cambiado: la Edad Media no era tan oscura como para no sentar las bases de la revolución copernicana, ni el Renacimiento tan luminoso como para no darle cobijo a Tomás de Torquemada. En cualquier caso, la sociedad, y muy especialmente los profesionales involucrados en la gestión de las tecnologías, la información, los documentos, las evidencias..., debe velar para que el componente ético presida esta ineludible reubicación de la sociedad impelida por la tecnología.

Como adelantamos, este monográfico de Tabula responde a ese imperativo: los archivos, la Archivística en general, sus profesionales, no son ajenos a esta abrupta salida de nuestras zonas de confort y deben pensar acerca de su presente y de su futuro, acerca de sus valores y del lugar que ocupan en un mundo que ya no tiene esos límites cómodos y bien conocidos que, por lo demás, no existían sino en nuestro imaginario profesional. ¿Pueden ser nuestros objetos los que tradicionalmente fueron? ¿Y nuestros sistemas de gestión de la información? ¿Podemos repetir los mismos procesos en un entorno tan disímil? ¿Tenemos el mismo significado que tuvimos? Preguntas ante las que incluso los editores tenemos visiones divergentes.

A tratar de dilucidar algunas de las infinitas preguntas que florecen hoy en día están dedicados, desde muy diferentes puntos de vista, los excelentes artículos del presente monográfico. Economía del dato; ciberseguridad; nuevos mecanismos de acceso; nuevas destrezas, incluidas las capacidades para diseñar sistemas de información; una cultura de la información en los archivos; luces y sombras de la administración digital; qué hacer con los procesos archivísticos tradicionales, en particular la valoración, la clasificación y el acceso; cómo han gestionado la pandemia los archivos de distintas tradiciones; cuáles son las implicaciones éticas de la pandemia para los archivos; qué metodologías aplicar, incluidas metodologías de gestión de proyectos... ¡Ah! ¡Es ciertamente refrescante leer en una revista de Archivística términos como *Scrum* o *PMBOK*, y esperamos que no sea la última vez!

Temas todos ellos sugerentes, que los editores proponemos en una especie de hilo conductor a partir de distintas reflexiones sobre el replanteamiento metodológico ante el presente y el futuro de los archivos y el ejercicio profesional, la orientación hacia nuevas voluntades de gestión y sus dificultades ante la realidad, los nuevos retos entorno a la valoración, incluso más allá del documento tradicional, el rol de los archivos ante la pandemia y después de ella y, finalmente, la planificación y diseño de sistemas ante estas nuevas realidades.

Agradecemos a todos los autores su contribución, ya sea original, ya previamente existente y gentilmente cedida, a estos refrescantes aires: James Lowry, Michael Moss, David Thomas, Timothy Gollins, Federico Valacchi, Miguel Ángel Amutio, Luis Martínez, Geoffrey Yeo, Silvia Schenkolewski, Gillian Oliver, Fiorella Foscarini, Ragna Kemp Haraldsdóttir, Charles Jeurgens, Zhiying Lian, Ning Wang, Olimpia López, Francisco José Valentín, Pilar Campos, Danielle A. Batista, Victoria Lemieux, Lluís-Esteve Casellas, Sònia Oliveras y Maria Reixach. Todos ellos aportan valiosísimas percepciones sobre las que seguir construyendo.

No es por supuesto un monográfico redondo, perfecto; no tiene la pretensión de serlo; pero si de algo estamos satisfechos sus editores es del hecho de que, de la lectura de todos y cada uno de sus artículos, sin excepción, se sale con una sensación de frescura, de aire nuevo, como no conocíamos desde hace tiempo en el escenario archivístico nacional. “A uno le apetece pensar”, se diría. Si hemos conseguido que el lector tenga esa misma sensación cuando concluya su lectura, habremos conseguido nuestro objetivo. El mérito de los aciertos es por completo de los autores; los errores que se puedan encontrar son responsabilidad nuestra.

Alejandro Delgado Gómez
Lluís-Esteve Casellas i Serra
Luis Hernández Olivera
17 enero 2021

Alexa, what was an archive?

Sometimes, while driving, we miss an exit indicated by the GPS navigation of our car or phone, just by mistake or curious to see the response of artificial intelligence to unforeseen events. The GPS then rings an invisible alarm and alerts us: “recalculating”. Well, it seems that, for external, internal reasons, or for a combination of several, the archives have found an exit on their road, they have discovered the turnoffs where they had previously been delayed, and have even found some closed roads; therefore, it is time to recalculate.

The difference between before and now must be clear. From the origin of the Archival Science as it has been known until recently, that is, the contemporary Archival Science generally agreed to have been born in the mid- nineteenth century, it usually seems to have been a discipline in continuous evolution. Of course, we are not talking about that eternal crisis status often mixed up with the exchange of ideas through discussion and debate. It is normal in an emerging discipline. Indeed, we do not believe that such a thing has happened in the past; After all, much older disciplines such as Medicine, Astronomy, Physics, needed centuries just to find their way, something that the Archival Science had to do in just a hundred and fifty years: building a theoretical corpus where to settle daily practice. Unlike other traditional disciplines, we may think that the Archival Science has been under construction until recently; likewise, we can argue that, and this is the trigger for this Tabula issue, it has moved from that state of construction to another of apparent demolition with no continuity solution, with not enough time to enjoy the benefits of crises. In fact, we would not even think it is